poeta, añade, coligando el mundo supremo angélico con el celeste y con el elemental inferior, y obligando á todos á loar y glorificar á su Omnipotente Criador, con artificio maravilloso.» En suma, son todos sus versos de alta doctrina, de suavísimos conceptos y de rarísima excelencia (1).

Y no los elogia sólo Aboab: todos los judíos los tienen y tuvieron en grande estimación en todos los tiempos. Rabí Salomón Al-Carisi consagra una póesía bellísima, que se conserva, en alabanza de nuestro poeta; y en nuestros días, Enrique Heine le ha tomado para asunto de uno de sus mejores poemas, de más de mil versos. En este poema dice: «Y Jehuda-ben-Halevi no fué sólo un sabio en las escrituras, sino también el maestro de la poesía, sino también un gran poeta. Sí: fué un gran poeta, estrella, faro, luz y gloria de su tiempo y de su pueblo; maravillosa y gran columna de fuego que á la doliente caravana de Israel precedía y guiaba en el desierto del destierro. Puro, verdadero, inmaculado, fué su canto como su alma. Cuando el Creador la formó, contento de sí mismo, besó el alma hermosa, y el blando eco del beso palpita en cada canto del poeta, consagrado por esta gracia. Com en la vida, es en la poesía la gracia el más alto bien. Quien la tiene no puede pecar, ni en verso ni en prosa. Á poetas como éste, por la gracia de Dios, los llamamos genios. Es el rey irresponsable del reino del pensamiento.

(1) Ambos escritores, Sachs y Amador de los Ríos, citan este mismo pasaje de la *Nomología*.

Sólo á Dios debe dar cuenta; al pueblo nunca. En el arte, como en la vida, el pueblo puede matarnos, pero nunca juzgarnos.» En otra parte del poema, dice Heine que si él tuviera el Nartecio ó cajita que halló Alejandro entre los despojos de Darío, y donde encerró la *Iliada*, no pondría allí la *Iliada*, ni las ricas perlas que había antes, sino las perlas «que brotaron de aquella hermosa alma humana, más profunda que los abismos de la mar; las perlas que Jehuda-ben-Halevi lloró por la destrucción de Jerusalén, perlas de llanto que, engarzadas en el áureo hilo de la rima, en la fragua sonora de la poesía, resplandecen en un himno. Este himno es la famosísima lamentación, que fué y será cantada en todas las tiendas de Israel, esparcidas por el mundo, el noveno día del mes llamado Ab, aniversario de la destrucción de Jerusalén por Tito Vespasiano (1).»

Las poesías tan celebradas de Jehuda Levita están traducidas todas en alemán, por Abraham Geiger (2). ¡Lástima es que no haya otro judío ó judaizante que las traduzca al castellano!

Perdone el lector la digresión, ó mejor dicho, episodio un poco largo acerca de los judíos, que he ingerido en mi artículo sobre los filósofos. Filósofos y españoles eran estos judíos que he citado, así como otros muchos de que hablan en sus

(1) *H. Hein's sammtliche Werke.* Tomo XVIII.

(2) *Divan des Castiliers Abu'l-Hassan Juda ha-Levi von Abraham Geiger, Nebts Biographie und Ammerkungen:* Breslau, 1851.

obras el erudito D. Jose Amador de los Ríos, Kayserling (1), Bédarride (2) y otros.

Tal vez convendría dar á conocer aparte esta gran riqueza especial, que en gran manera nos pertenece, y publicar en la Biblioteca de Rivadeneyra un tomo exclusivamente de escritores judíos españoles.

Por no dilatar mucho el artículo, dejo de hablar de los filósofos arábigo-hispanos.

IV.

Ya he dicho que el libro de D. Luis Vidart (3) y el *Discurso preliminar* del Sr. D. Adolfo de Castro pueden servir de base para escribir la historia de la Filosofía española; pero ninguno de estos dos trabajos tiene ni puede tener la pretensión de ser esa historia. Para ello se necesitaría hacer un estudio de las obras de nuestros filósofos, y no hablar, como hacemos nosotros, por oídas ó por extractos y noticias tomadas de otros autores, ó por haber hojeado, á lo más, algunas de dichas obras.

Hasta la cuestión de si ha habido ó no algo que en cierto sentido pueda llamarse filosofía españo-

(1) *Kayserling. Spardin. Romanische Poesien der Juden in Spanien, etc.:* Leipzig, 1859.—*Die Juden in Navarra, den Baskenlaender und auf den Balearen:* Berlín, 1861.

(2) *Les Juifs en France, en Italie et en Espagne:* París, 1867.

(3) La *Filosofía española*. Indicaciones bibliográficas por Don Luis Vidart, etc.: Madrid, 1866.

la, queda sin resolver definitivamente. Apuntadas quedan las razones por donde entiendo yo que no ha habido tal filosofía española, en el sentido que se dice haber habido una filosofía griega, una filosofía alemana y hasta una filosofía francesa. En otro sentido, que también expliqué ya, no negué que hubiese filosofía española. Mi amigo el señor Laverde *(Ensayos críticos)*, tomando un término medio entre ambos sentidos, no duda de que hay filosofía española con carácter propio, con una cierta razón general de unidad que se cierne sobre todas las escuelas. «No se necesita, dice, mucha perspicacia para descubrir el estrecho parentesco que media entre las escuelas arábigas y hebráicas, particularmente entre el *averroísmo* y el *maimonismo*, esos dos grandes movimientos racionalistas paralelos, digámoslo así, en la enseñanza muslímica y rabínica de España; ni es difícil notar su influjo en el *lulismo*, confluencia de las doctrinas escolásticas y de las orientales, que tuvo numerosos partidarios (Kircher, Cepeda, Núñez Delgadillo, Riera, Marzal, Guevara, Ciruelo, Sánchez de Lizarazu, etc.) y cátedras propias en varias universidades nacionales y extranjeras; y tampoco aparece violenta la transición de ésta al *suarismo*, con el cual se tocan á la vez en muchos puntos, bien que en otros le sean opuestos, el *vivismo* (Oliva, Gelida, Pedro de Valencia, Mayans, Forner, Vieyás, etc.), el *gómez-pereirismo* (el Brocense, Guzmán, Martín Martínez, Feijóo, Almeida, etc.) y el *huartismo* (Doña Oliva Sabuco de Nantes, Velázquez, Acebedo, Pujol, Bo-

net, Ignacio Rodríguez, etc.), escuelas que, con las eclécticas intermedias y menos definidas, componen la inmensa riqueza filosófica de España. Ahora bien, el vasto conjunto de verdades por ellas desenvuelto y propagado, es lo que nosotros llamamos *Filosofía española.*»

Ingenioso, erudito y discreto es todo el párrafo citado, con sus combinaciones habilidosas y sus artísticos agrupamientos de nombres bajo sendas banderas; pero no puedo participar del patriotismo filosófico de mi amigo el Sr. Laverde. Para afirmar el encadenamiento de unas doctrinas en otras es menester antes dar á las doctrinas la importancia, eco, séquito, estruendo y favor, que muchas de ellas ni tienen ni han tenido. La libertad y el desenfado con que el Sr. Laverde las *ismifica*, no se pueden aceptar. Bueno que haya *lulismo* y *averroísmo;* pero el *huartismo*, el *gómezpereirismo* y el *vivismo* no pasan. Ni Huarte, ni Gómez Pereira, ni siquiera Luis Vives, tuvieron el valer y la fortuna indispensables para añadir un *ismo* á sus apellidos y convertirlos en sectas ó escuelas. Para lograr esto no basta ser filósofo original, ni filósofo grande: es menester ser grandísimo filósofo, poseyendo tal originalidad y novedad, que pongan en el sistema algo hasta entonces exclusivo y personal del filósofo, transfundiéndolo del alma suya á las de sus contemporáneos y á la posteridad, y grabando el sello indeleble y claro del propio pensamiento en obras y en doctrinas; por tal arte, que el mejor modo de distinguirlas y determinarlas sea con el nombre

propio de la persona. Y es tan cierto lo dicho, que el uso general, casi infalible en materia de lenguaje, escatima los *ismos* en filosofía de una manera pasmosa. Apenas si en este siglo, en que tanto se filosofa y se ha filosofado, hay más que hegelianismo y krausismo. Hasta á la doctrina de Kant nadie ó casi nadie la llama *kantismo;* y es evidente que no se dice *cousinismo*, ni *fichteísmo*, ni *condillaquismo*, ni *comteísmo.* No se prohibe por eso que se invente lo que se quiera. Yo he inventado, pongo por caso, el *piismo*, y otros podrán inventar, si gustan, el *balmesismo* y el *donosismo*, que tienen más razón de ser que el *huartismo.*

La verdad es que, á fin de hacer valer nuestras cosas, importa mucho no exagerar su mérito ni darles consistencia que no tengan en sí.

Si hay alguna época en la cual el pensamiento español se levantó hasta la originalidad en filosofía y tuvo primacía, ó hegemonía, ya que no pleno imperio, sobre el de algunas otras naciones, fué desde mediados del siglo XVI hasta principios del XVII. Nuestros sabios brillaron entonces y enseñaron en París, en Trento y en Roma, y en las universidades de Bélgica y Holanda. Los sabios, pues, de aquella época son los que conviene estudiar profundamente, si hemos de justificar nuestra pretensión de haber tenido filosofía propia. Este estudio distamos mucho de haberle hecho. Más bien puede decirse que empiezan á hacerle los extranjeros. José Kleutgen, por ejemplo, en su *Filosofía antigua, expuesta y defendida*, toma por guía, casi á par de á Santo Tomás, al doctor

eximio Suárez, á quien cita y copia á menudo; y á Melchor Cano le atribuye una innovación en teología, que transciende á la filosofía, y que es de lamentar que la filosofía escolástica no haya imitado. Sus *Lugares teológicos* son una crítica de nuestros medios ó facultades de conocer.

Lo que haya ó pueda haber de más alto, de más propio y de más bello en el pensamiento filosófico español (no excluyendo á los portugueses que seguían el mismo movimiento), debe contenerse en los ya citados Cano y Suárez; en Domingo de Soto, que escribió sobre las categorías de Aristóteles y predicables de Porfirio; en Govea, que defendió á Aristóteles contra Ramus; en el cordobés Francisco Toledo, pasmo de Roma, gran aristotélico, á quien llamaron *espíritu monstruoso;* en Pedro Fonseca, autor de una Dialéctica y traductor y comentador de la metafísica de Aristóteles; y en Fox Morcillo y Benito Pereira, que, á juzgar por los títulos de sus obras, trataron de resolver los grandes problemas que agitan, bajo una forma ú otra, las mentes de los filósofos desde há siglos hasta ahora, y de investigar el origen del universo y la naturaleza de la filosofía, conciliando á Aristóteles con Platón. El escéptico portugués Francisco Sánchez, con su conciso y agudo libro *De multum nobili et prima universali scientia, quod nihil scitur*, merecería también estudiarse y citarse.

Ya he dicho, además, que en nuestros místicos, en nuestros libros devotos, hay escondido un rico tesoro de filosofía, que algunos escritores tratamos de desentrañar ahora.

El Sr. D. Adolfo de Castro, convertido de sus antiguas ideas de librepensador á un fervoroso catolicismo, llega á defender la Inquisición en el *Discurso preliminar*. Yo creo que tiene razón en un punto. En los buenos tiempos de la monarquía española es vano y declamatorio sustentar que dicho terrible tribunal estaba compuesto de ignorantes, *obscurantistas* y enemigos de la cultura. Todos los hombres que entonces sabían, ó casi todos al menos, eran de la Inquisición ó familiares de la Inquisición; *preferían*, según la frase de un discreto de nuestra edad, *ser cocineros á ser pollos*. Así es que pasma á veces la libertad con que escriben y se despachan á su gusto; pero este monopolio del pensamiento y la consiguiente compresión para quien no le ejercía, tuvo que producir, á la larga, efectos malísimos sobre nuestro desenvolvimiento intelectual, parándole, sacándole y aislándole de la corriente civilizadora de los otros pueblos. Casi desde principios del siglo XVII se puede afirmar que la civilización española se aisla y empieza á hundirse, mientras que la de otros pueblos de Europa se desenvuelve y se levanta. Á la Inquisición, esto es, á nuestro fanatismo, soberbia y engreimiento, que la Inquisición personifica, es imputable tanto mal.

Hallo, por último, en el *Discurso preliminar* del Sr. Castro un defecto muy general en los bibliófilos: una como alucinación que les hace multiplicar los grados del mérito por la rareza de una obra. Así es que cita muchas que no sé por qué han de ser filosofía, como filosofía no sea todo, y

sin duda en cierto modo lo es. Y no se contenta el Sr. Castro con sacar á relucir estos inesperados filósofos, sino que les cuelga la venera de haber inventado algo que luego otro filósofo extranjero explana y pone en moda. De esta suerte, imagina que un señor Campo-raso, que escribió una *facecia*, cuyo título es *El elogio de la nada*, es un precursor de Hegel y su impugnador en profecía, buscando en los discreteos y chistes de tal Campo-raso algo que se parezca á las profundas doctrinas y al sistema maravilloso (sea ó no erróneo) de la mente filosófica más alta, más comprensiva y más briosa que ha habido acaso desde Aristóteles hasta el día presente.

Cuenta que yo no censuro el uso, sino el abuso inmoderado, de esta reivindicación de inventos hechos por españoles y atribuídos á extranjeros. Yo mismo he tratado de hallar y de mostrar en Ben Gabirol algo de Hegel y algo de Descartes. El Sr. D. Adolfo de Castro está, pues, muy en su lugar, en mi sentir, adjudicando á Servet el descubrimiento de la circulación de la sangre, á Gómez Pereira bastantes opiniones cartesianas, á Huarte y á Pujasol los principios fundamentales de la craneoscopia, á Espino el espíritu crítico y las razones con que Pascal atacó más tarde á los jesuitas, y á otros, otros triunfos y merecimientos. Nada hay que objetar contra esto; antes hay que aplaudir en el Sr. D. Adolfo de Castro su raro conocimiento de nuestras cosas, el no escaso que tiene de las literaturas extranjeras y de la ciencia moderna, y el acertado empleo que hace de todo

este tesoro de erudición, componiendo un Discurso preliminar que ha de ser utilísimo para quien con más vagar escriba en lo futuro la historia del pensamiento español en todas sus manifestaciones especulativas. Entiéndase, pues, que estimamos en mucho y hacemos la debida justicia al útil trabajo del Sr. D. Adolfo de Castro, y no se imagine que le menospreciemos en nada porque hagamos algunas observaciones adversas, hoy que siempre suele ser la gente extremada, así en el elogio como en la censura; ó porque mostremos, por momentos, cierto buen humor de que no acertamos á prescindir cuando escribimos, y sobre todo cuando escribimos de priesa, y no se nos da tiempo para revestirnos de toda la gravedad y compostura que por lo común se exige.

De cualquiera modo que sea, no es en broma, sino muy por lo serio, la duda que me asalta sobre los límites y elasticidad de lo que se llama filosofía, y sobre el punto y condición que debe tener una obra para pasar por filosófica. Por lo pronto, se me ocurre que hay y puede haber muchas escritas con *filosofía* y que no sean de *filosofía;* pero de las que son así, como por ejemplo del *Ginecepaenos ó Diálogo en laude de las mujeres*, de Juan de Espinosa (1); de la *Disputa del asno*

(1) Este diálogo, llamado *Ginecepaenos*, es, sin duda, un discretísimo libro; tanto, que yo tengo empeño, tiempo há, en que le publique Durán entre sus *Libros de antaño*. El amor y veneración de Juan de Espinosa á las mujeres, me encanta. La mujer, según él, es, en todo, un sér superior al hombre. Entre las pruebas que trae hay una singular, á saber: que el hombre fué hecho de lodo, y

con Fr. Anselmo Turmeda, y de otras por el estilo, no es impertinente, sino muy útil, dar alguna noticia.

En cuanto al amor patrio, que suele abultar el mérito y sublimar el valor de las cosas, falta es de tan noble origen, que por él se obtiene la más completa absolución, libre de toda penitencia.

Donde el Sr. D. Adolfo de Castro incurre más en esta falta es en los párrafos que dedica á *El ente dilucidado*, del P. Fuente de la Peña. Allí se deja decir que este reverendo y saladísimo sabio se adelantó á Newton en descubrir la atracción universal. Pero es el caso que el Sr. D. Adolfo de Castro tiene razón sobrada. Y yo diré más: yo diré que el P. Fuente de la Peña lo adivinaba todo de tenazón, como se dice vulgarmente. Como no

la mujer del hombre; lo cual demuestra la superior perfección de la mujer. Á pesar de todo, no había yo sospechado que este *Ginecepaenos* pudiera colocarse entre los libros de filosofía, y no me acabo de convencer aún.

Si porque trata de moral y de mujeres es libro de filosofía, el catálogo de libros de esta clase pudiera en nuestra literatura aumentarse desmedidamente. ¿Por qué, por ejemplo, no habían de ser entonces libros de filosofía los *Casos raros de vicios y virtudes* del P. Laguna y los *Estragos de la lujuria* del P. Arbiol? Hasta tienen la ventaja de no ser galantes como Espinosa, sino severos y graves. Pero en este género, quien á mi ver se lleva la palma, por la amplitud con que trató la materia, es el P. Fr. Juan de la Cerda, en su *Vida política de todos los estados de mujeres*. (Alcalá de Henares, 1559.) Éste sí que encierra en su obra documentos filosóficos; v. gr.: «Para que la doncella no sea salidera ni ventanera, y no traiga los ojos estrelleros, ¿qué mejor remedio que castigarla, mas no en la cabeza, sino en las espaldas, con alguna verdasca, porque dice Salomón que la vara es medicina de la locura de las niñas?»

hubo jamás ingenio más invencionero y atrevido, ni memoria más rica de erudición, ni desenvoltura científica más grande, que los de este ameno, delicioso y candoroso ex-provincial de capuchinos, no es extraño que lo adivinase todo.

Si yo tuviese tiempo y calma para ello, probaría fácilmente que apenas hay descubrimiento moderno de Darwin, de Moleschott, de Büchner, de los prehistóricos, de los positivistas, de los espiritistas, de los magnetizadores, etc., etc., que no esté previsto y predicho en *El ente dilucidado*, con las cortapisas convenientes para que se ajuste y cuadre y encaje con la verdad católica.

Interesante sería, y aun daría asunto de sobra para un tomo, el comparar la ciencia novísima con la de este ex-provincial de capuchinos, y el probar lo mucho que la ciencia novísima le debe: mas ya que no me sea dable escribir este tomo, me limitaré á hacer aquí, por vía de apéndice, algunas indicaciones y apuntes.

Creyeron los antiguos que desde la naturaleza inorgánica á la orgánica había una verdadera solución de continuidad; que entre la más perfecta cristalización y la vida más pobre y el sér que esté más bajo en la escala de la vida, media un abismo. Los modernos no creen tal diferencia: ponen la vida en todo. Para los krausistas, por ejemplo, todo vive. Pues bien: esto mismo asegura el P. Fuente de la Peña. En su libro hay oro macho y hembra, diamantes varones y diamantes femeninos, y todo engendra y pare sin la menor dificultad.

Los maquinistas de ahora andan cavilando el

modo de que vuele el hombre con dirección. El P. Fuente de la Peña, desde 1677, deja inventada esta máquina explicándola con toda precisión (páginas 472 y 473), sin que falte su paracaídas y demás menesteres. No duda que se vaya volando en su máquina á donde se quiera; pero recomienda á los novicios mucha prudencia para no descalabrarse.

Se pensaba antes que Dios creó el mundo y se paró al séptimo día. Hoy se piensa que la creación es continua; que nacen ó pueden nacer nuevas especies de animales y de plantas. Lo mismo afirma nuestro Padre. «La Escritura (pág. 420) sólo nos dice que cesó Dios y puso fin á las obras que había producido; pero no nos dice que no produciría en adelante más.»

En cuanto á la generación espontánea, claro está que el Padre la defiende y demuestra. Los duendes nacen del vapor y son unos *animales trasteadores é invisibles secundum quid* (1).

(1) Ora sean sueños, ora verdades demostradas, ora hipótesis probables, la generación espontánea y la transformación de las especies son ideas muy antiguas; sólo que antes nadie era tildado de impío ó de ateísta por seguir dichas doctrinas. Los artículos de la fe no se habían aumentado indefinidamente, como en el día. Fracastoro, en su poema *De morbo gallico*, que dedicó al cardenal Pedro Bembo, gran valido del Papa León X, expone á las claras las doctrinas mencionadas, en varios pasajes; v. gr.:

Usque adeo rerum causæ atque exordia prima
Et cœlo variare et longo tempore possunt.

Y en otra parte:

Para los krausistas, la tierra está viva, tiene sus períodos de sueño y de vigilia, sus edades, su historia, sus disgustos y desazones como cualquiera persona. Lo propio siente el P. Fuente de la Peña, sólo que lo prueba más ingeniosamente en la explicación que hace del *microcosmos*. Los ríos son la sangre que corre por nuestro cuerpo, dice el Padre; nuestros meteoros son las lágrimas y demás destilaciones; nuestros terremotos los tenemos en la calentura; tenemos rocío, granizo y nieve; nuestros cometas son la erisipela; nuestros relámpagos, rayos, estrellas cadentes y volcanes son el magnetismo animal, de que trae curiosísimos casos; criamos plantas también; y, por último, añade, «se engendran en el hombre anima-

Ast insueti æstus insuetaque frigora mundo
Insurgent, et certa dies animalia terris
Mostrabit nova, nascentur pecudesque feræque,
Sponte sua...

Nuestros frailes de los pasados siglos no se habían percatado de que pudiera ser impiedad creer lo mismo. Así es que el P. Fuente de la Peña hace nacer espontáneamente de los vapores y miasmas, culebras, lagartos, sapos, ratones y cuanto se le antoja, estando las cosas de la tierra en su ordinario estado, sin necesidad de revoluciones telúricas, sidéreas ó atmosféricas. Juan Bautista Porta sigue la misma opinión en su *Magia naturalis* (Hanoviæ, 1619), si bien se inclina más á la opinión media de Averroes, de que sólo los animales imperfectos pueden nacer de la corrupción, que á la opinión decidida de Avicena, de que todo, incluso el hombre, nace espontáneamente, después de grandes trastornos y diluvios, *cœlesti solum præstante influentia*.

Respecto á los animalejos parásitos, nadie dudaba de su espontáneo nacer. Lo que era tenido por milagroso era que no naciesen. El mayor milagro que hizo Santa Teresa, según el P. Boneta (*Gracias de la gracia*, pág. 304), «fué librar á sus hijas de aquellos

les; luego con toda propiedad es mundo menor» (pág. 439).

Los timoratos del día andan hechos unos basiliscos contra los naturalistas que pretenden que todo sér vivo nace de unas vejigüelas primitivas. El P. Fuente de la Peña no tiene tal repugnancia. Al contrario, salvo los ángeles, las almas humanas y la materia prima, que han sido creados por Dios inmediatamente, los demás nacen por *educción* ó *emanación* de la materia prima. Se junta una forma á dicha materia ó se junta otra, y ya tenemos los seres. Si la forma es *leontina* sale un león; si es *duendina* sale un duende, y si es *gatuna* sale un

inmundos átomos vivientes que nacen y anidan en las túnicas de lana.» «Milagro, añade el Padre, que excede á todos por lo continuado; ¡milagro preñado de milagros!» El P. Fernández Navarrete (*Tratados... de China.* Viajes, pág. 294) trae á este propósito un pasaje curiosísimo. «Los animalejos, dice, que ordinariamente criamos los hombres, en llegando á las islas de barlovento, se fueron extinguiendo del todo, sin quedar uno solo. En pasando el mar no hay europeo que los crie. Cierto que es una maravilla rara. De mí puedo con toda verdad afirmar que, en veintiséis años que estuve por todas las partes que iré refiriendo, jamás crié alguno. Después que pasé de Portugal á Castilla, revivió el antiguo humor. ¡No alcanzo esta filosofía!»

El médico Lemnio, en su obra *De occultis naturæ miraculis* (Francfort, 1593), sí cree alcanzar esta filosofía. Todo consiste en una cosa muy sencilla: en que *homines a sordibus non abluant;* en que los hombres no se laven, y sean además muy viciosos y desarreglados en el comer. Para libertarse, pues, de estos bichos y de los que infestan las casas, recomienda la limpieza, la castidad y la templanza. Con este motivo, elogia el médico á Felipe II por lo aseado, sobrio y casto, de quien añade que *propter amplissimas naturæ dotes, divinum quoddam virtutis simulacrum mortalibus exibet.*

gato. Dígasenos ahora si esto no es casi tan bueno como Darwin.

Salverte y otros sabios novísimos quieren probar que muchos de los milagros que se hacían en lo antiguo eran naturales ú obra de las ciencias ocultas, de la química y la física que sabían ciertos hombres privilegiados: lo mismo prueba el Padre. Los 800 ó 900 años que vivían los patriarcas, por ejemplo, no son prodigiosos. Era que tenían el secreto para componer un elixir *macrobiótico* que les hacía vivir tan largo tiempo. El Padre juzga probable que vuelva á descubrirse este elixir y que podamos vivir más que Matusalén.

También, disertando sobre la grosería de los mantenimientos y de los remedios, deja entrever que pueda el hombre en lo futuro alimentarse y curarse con quintas esencias y virtualidades, con la forma ó la idea de las cosas, y no con las cosas mismas, presagiando así la homeopatía y la carne de Liebig. Entrevé también el Padre, cómo de la monstruosidad que adquiera ó con que nazca un individuo de una especie puede originarse especie nueva. Un hombre con cola puede dar origen á muchos hombres con colas; una cabra, á quien se le alargue el pescuezo, puede ser raíz y estirpe de las girafas. El Padre llega en este punto hasta á creer que hay ó ha habido hombres peces, hombres ranas, hombres con un pie y hombres sin cabeza. En cuanto al tamaño, los hay ó ha habido menores que una avispa; y tan enormes, que por el hueco del fémur de uno de ellos entró á caballo un cazador, persiguiendo á una cierva, y tardó

seis minutos en salir por el otro lado, á todo galope (1).

Nace de aquí una cuestión que Darwin y sus discípulos se dejan en el tintero, y que el Padre dilucida, á saber: ¿los monstruos son ellos, ó lo somos nosotros? Claro está que si ha de salir especie nueva de la monstruosidad, para todos los individuos de la nueva especie los monstruos los seremos nosotros.

En cuanto á que el hombre provenga ó no provenga del mono, no se declara bien el Padre; pero estamos seguros de que este origen no le repugnaría, ya que concede razón, discurso y agudeza á los animales, y en particular á los monos. Monos hay, según él, que saben leer y escribir, y que bailan y tocan instrumentos; y otros tan tahures y fulleros, que juegan en la India á los naipes con los portugueses, los despluman, y luego, para consolarlos, los llevan á la taberna, los convidan y emborrachan (2).

(1) El gigante, cuyo era dicho fémur, está averiguado que fué contemporáneo de Moisés. No era Moisés pequeño tampoco. Tenía doce codos de estatura; iba armado con una lanza de doce codos, y habiendo dado un brinco de otros doce codos, no logró tocar al gigante en el tobillo.

De los pigmeos habla el profeta Ezequiel. En Tiro tenían unas cuantas compañías de estos hábiles flecheros, no mayores que perdices, entre las tropas de la guarnición, y aquella poderosa república estaba muy soberbia de poseer tales auxiliares. Parece que de resultas de la perpetua guerra que las grullas hacían á los pigmeos, esta raza se ha extinguido, como se extinguirán las pieles rojas, gracias á los *yankees*.

(2) Es portentosa la multitud de casos que en prueba de la racionalidad de los animales, de su moral y justicia y demás virtudes, trae el Padre. Citaré sólo el de un cigüeño, que descubrió que su cigüeña legítima le había sido infiel. La acusó ante un tribunal de cigüeños; la procesaron, la sentenciaron y la desplumaron viva, en toda regla. No creo yo que el Dr. Jonatan Franklin traiga nada mejor en su *Vida de los animales*. ¿Ni cómo han de competir os modernos con las obras que yo he poseído y perdido

Del Reverendo Padre Valdecebro,
Que en escribir historias de animales
Se calentó el cerebro?

Sobre el nacer de los seres sin semilla ni generación de otros de su especie, trae el Padre mil casos. Basta la corrupción, el fermento de la materia para que brote la vida. Lejos de pensar que con esto ofende á Dios, entiende que le glorifica. La mayor prueba de la bondad de Dios y de su omnipotencia, es, en su sentir, esta circulación de la vida por todo el Universo. Cuando criamos, dice, animales parásitos, no debemos lamentarnos. Si no se criasen, aquellos humores de que provienen nos matarían: dichos animales nos traen la salud; es cosa, pues, de cantar un *Te Deum*, cuando cualquiera se halla con ellos. Y no se entienda que el Padre conceda sólo que estos parásitos sean siempre de especies conocidas. Pueden ser de mil géneros. Hasta duendes podemos criar en el vientre (1).

Sería cuento de nunca acabar si siguiera yo ci-

(1) *El ente dilucidado*. Discurso único novísimo, que muestra hay en naturaleza animales irracionales invisibles y cuáles sean, por el Rmo. P. Fr. Antonio de Fuente de la Peña, ex-provincial de Castilla, etc.: Madrid, 1677.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

tando los raros descubrimientos de este predecesor de Newton, según D. Adolfo de Castro, y de casi todos los sabios del día, según mi propio parecer.

Hago, pues, punto aquí, para no pecar de prolijo, limitándome á añadir, sin la menor ironía, que yerran los que sacan argumento del libro de *El ente dilucidado* para probar la perversión del gusto y de las doctrinas en España, cuando el libro se escribió. Libros por el estilo se escribían entonces, y quizás se escriben ahora, por lo serio, en las naciones más adelantadas. *El ente dilucidado* está lleno de citas de autores extranjeros, para probar lo que puede parecer más extravagante: Porta, Paracelso y Kircher, entre otros. Yo poseo un libro, publicado once años antes en Alemania, en 1666, titulado *Antropodemus plutonicus*, que casi compite con *El ente dilucidado*. Sólo me resta repetir, para terminar, que el trabajo del Sr. D. Adolfo de Castro es por todos estilos estimable, y que no quiero en lo más mínimo rebajar su mérito. La colección de filósofos publicados, ya he dicho también que me sabe á poco. ¿Por qué no publica siquiera otro par de tomos el Sr. Rivadeneyra? El mismo *Ente dilucidado*, aunque muchos le consideren como *filosofía para reir*, podría interpolarse en uno de dichos tomos, donde se abriera la mano, quizás como se ha abierto un poquito en el tomo ya publicado, á los *filósofos hasta cierto punto*.

En el otro tomo, pudiera el Sr. D. Adolfo de Castro mostrar más severidad y dar cabida á obras

de verdaderos filósofos, pues en efecto las hay. Así iríamos divulgando nuestra antigua cultura y enlazándola con la nueva; negocio de la mayor importancia para que esta nación se regenere y vuelva á ser tan grande y gloriosa como ya lo fué en otros siglos.